

# La formación de catequistas: una urgencia en Brasil

**Israel Nery, F.S.C.\***

## **INTRODUCCIÓN**

En mayo de 2007, con ocasión de la visita del papa Benedicto XVI a Brasil, una encuesta de la Agência Datafolha revelaba que el 90 % de los brasileños creía en la existencia de Dios. De ellos, el 93 % creía en la Resurrección de Jesucristo y el 86 % creía que María dio a luz al Mesías, permaneciendo virgen. En 1940 el 97,2 % de los brasileños se declaraban católicos, pero en 2000, en el último censo de Brasil, el porcentaje bajó hasta el 73,8 %. A la disminución de los católicos, cosa que todavía sucede, corresponde un significativo aumento de los evangélicos, especialmente de los neo-pentecostales (en 1940 eran el 2,6 % de la población; en 2000 llegaban al 15,4 %), pero también de los espiritistas y de personas sin religión (estos últimos pasaron del 1,6 % en 1940 al 7,3 % en 1970). Actualmente ascienden a 12,5 millones de personas<sup>1</sup>. En noviembre de 2007, Brasil contaba con 183.987.291 habitantes<sup>2</sup>. Se calcula que algo

---

<sup>1</sup> Cf. Reportaje de André Petra, «Religião: como a fé resiste a descrença», págs. 70-82, en *Revista Veja*, 26-12-2007, *A fé no Terceiro Milênio*, Editora Abril, São Paulo, SP, 2007.

<sup>2</sup> IBGE (Instituto Brasileira de Geografia e Estatística, 21-12-2007), en *Folha de Sao Paulo*, SP.

más de 140 millones se declaran católicos y que para atenderlos la Iglesia cuenta hoy con 253 diócesis y 18.000 sacerdotes.

El paso de los católicos a otras religiones y denominaciones cristianas constituye una importante preocupación de los obispos. Ante un pluralismo religioso cada vez más dinámico y proselitista, y ante un mundo en constante cambio, los seglares católicos han mostrado mucha fragilidad en su formación cristiana y en sus convicciones. Es evidente, por tanto, que la iglesia católica necesita realizar una fuerte inversión en la formación humana y cristiana de calidad de todos sus fieles. La V Conferencia del Episcopado Latinoamericano (Aparecida, Brasil, 13 al 31 de mayo de 2007) detectó esta necesidad para todo el continente, y en su documento final o Documento de Aparecida - DA<sup>3</sup> presenta orientaciones como éstas: «para realizar su misión con responsabilidad personal, los seglares tienen necesidad de una formación doctrinal, pastoral, espiritual y de un adecuado acompañamiento para dar testimonio de Cristo y de los valores del Reino en el ámbito de la vida social, económica, política y cultural. (DA, 212)

Este tema es recurrente, ya que recientes documentos de la Iglesia impulsan la formación inicial y permanente de sus agentes: «Cualquier actividad pastoral que no cuente para su realización con personas formadas y preparadas, pone en riesgo su calidad»<sup>4</sup>. Dos años antes, en Brasil, la Conferencia Episcopal afirmaba en su *Directorio Nacional de Catequesis*

<sup>3</sup> CELAM, *Documento de Aparecida (DA)*, Sao Paulo, SP. Véase en este documento todo el capítulo 6: «Formación dos Discípulos Misioneros», nn. 240 a 346, Ed.CNBB, Paulus, Paulinas, 2007.

<sup>4</sup> Congregación para el Clero: *Directorio General para la Catequesis*, Edit, .....al n. 234 dice que «Todos estos quehaceres nacen de la convicción de que cualquier actividad pastoral que no cuente para su realización con personas verdaderamente formadas y preparadas, pone en peligro su calidad. Los instrumentos de trabajo no pueden ser verdaderamente eficaces si no son utilizados por catequistas bien formados. Por tanto, la adecuada formación de catequistas no puede ser descuidada a favor de la renovación de los textos y de una mejor organización de la catequesis. En consecuencia, la pastoral diocesana debe dar absoluta prioridad a la formación de los catequistas laicos. Junto a ello, y como elemento realmente decisivo, se deberá cuidar al máximo la formación catequética de los

de 2005 (DNC)<sup>5</sup>, al n 252: «El momento histórico en el que vivimos, con sus valores y contravalores, desafíos y cambios, exige de los evangelizadores preparación, calificación y actualización. En este contexto, la formación catequística de hombres y mujeres es “una prioridad absoluta”» (DGC 234). Y *Aparecida* afirma que ante la situación actual, «se comprende que la catequesis es indispensable en la formación cristiana» (DA 295).

Ya en 1979, Juan Pablo II afirmaba la importancia y la prioridad de la formación de los fieles al solicitar con vehemencia a los obispos en *Catechesi Tradendae* n 63, el lugar de especial relieve de la catequesis en la Iglesia particular, y aun se atrevió a afirmar que si realmente la catequesis fuera bien realizada todo lo demás sería más fácil en la diócesis<sup>6</sup>. Y el mismo Papa, al referirse a los derechos y deberes, recordaba con firmeza, en CT 64: «todos los que creen tienen derecho a la catequesis y todos los pastores tienen el deber de proporcionársela... Os suplico con todas mis fuerzas: no permitáis que, por una cierta falta de celo, como consecuencia de alguna idea inoportuna, preconcebida, los fieles se queden sin catequesis. Que no se pueda decir: “los pequeñuelos piden pan y no hay quien se lo parta” (Lam 4,4)».

Es evidente que sin agentes formadores bien preparados este reconocimiento y esta insistencia de los papas y de los obispos quedarían en nada. Además, una de las carencias de la Iglesia Católica actualmente es no poner en práctica aquello que está en su pensamiento y en sus escritos. Cuando ella da orientaciones para su propia renovación y para su misión, le falta de

---

presbíteros, tanto en los planes de estudio de los seminarios como en la formación permanente. Se recomienda encarecidamente a los obispos que esta formación sea exquisitamente cuidada». Cf. Juan Pablo II: *Código de Derecho Canónico* (CDC) Ed.,..... nn. 773 a 780.

<sup>5</sup> CNBB, *Diretório Nacional de Catequese*, documento 84 de la Conferência Nacional dos Bispos do Brasil (CNBB), Ed. Paulinas, 2006, Sao Paulo, texto aprobado por los obispos en la 43ª Asamblea General, en Itaci, Indaiatuba, 15 de agosto de 2005.

<sup>6</sup> Juan Pablo II, *Catechesi Tradendae. La Catequesis hoy*, São Paulo, SP, Ediciones Paulinas, 1980.

estrategias adecuadas para lograr que sus orientaciones lleguen a los fieles. Además de esto, sacerdotes y agentes de pastoral se contentan, en gran parte, con mantener intocable la «pastoral de la rutina» («siempre lo hemos hecho así, ¿para qué cambiar?»). Y no perciben o no quieren percibir que por este motivo y a causa de la falta de celo en proporcionar una rigurosa y actualizada formación a los fieles, así como en dinamizarlos para la vida de la Iglesia y para su misión, la propia Iglesia Católica se empobrece a pasos acelerados, como muestran recientes encuestas<sup>7</sup> como las anteriormente citadas.

Pero en un mundo que exige más competencia, actualización y osadía para todo, no se puede pedir, obviamente, menos para quien desea ser católico. Y no nos referimos a la necesidad de ser críticos en relación con la propia Iglesia, pues en el interior de ésta existen fuertes corrientes que intentan tenazmente el cambio o bien ignorar o incluso destruir la renovación llevada a cabo bajo el impulso del Concilio Vaticano II<sup>8</sup>, especialmente en América Latina. Si esta tendencia predominara, resultará claro que después del empobrecimiento de la Iglesia Católica lo que quedará de ella será cada vez más arcaico, descontextualizado y anacrónico.

En este artículo —y basándome en varios e importantes textos de la Iglesia y en mi larga experiencia como religioso laical<sup>9</sup>, educador y catequeta—

<sup>7</sup> Varios reportajes, en 2005, exponen un resumen de la Encuesta de la Fundación Getúlio Vargas sobre la situación de las religiones en Brasil, apuntando la disminución de los católicos y el considerable aumento de los evangélicos. Cf. *Correio Brasilense*, 21-04-05, p. 28: «Un país menos católico»; cf. *Estado de Minas*, 21-04-05 «Rebanho perde espaço». *Gazeta do povo* hace esta llamada: «Em duas décadas, o total de fiéis caiu de 89, 19 % para 73, 89 % da população (cf. 21-04-05); cf. *Estado de Sao Paulo*, 21-04-05: Pesquisa mostra números da queda do catolicismo no país: *Jornal do Brasil*, 21-04-05, p. A6: «Evangélicos crescem mais nas periferias». La mayoría de los diarios trazan el mapa de las religiones de Brasil por medio de la FGV.

<sup>8</sup> Miembro del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (Lasallistas), primera congregación de religiosos laicales, Hermanos, la cual, desde sus comienzos, por decisión de sus miembros, está formada solamente por laicos consagrados. Este Instituto fue fundado en 1680, en Reims, Francia, por san Juan Bautista de La Salle (1651-1719), proclamado Patrono de los Maestros por el papa Pío XX en 1950.

<sup>9</sup> El Concilio Vaticano II, convocado e iniciado por el papa Juan XXIII y continuado y concluido después por Pablo VI, tuvo lugar en la Ciudad del Vaticano, en los años 1962 a 1965,

ofrezco algunos apuntes para este tema urgente: la formación de los laicos. Daré prioridad a la formación de los catequistas ya que ocupan un puesto de enorme importancia en la misión de la Iglesia. Y esto queda reforzado por los obispos en Aparecida cuando deciden poner en marcha una misión continental en América Latina y en el Caribe. Con esta iniciativa pretenden movilizar a todo el continente de la Esperanza y del Amor<sup>10</sup> en dirección de la formación de todos los católicos para que se conviertan de hecho en «discípulos misioneros de Jesucristo, para que nuestro pueblos puedan tener vida en él»<sup>11</sup>.

## Pero, ¿qué es la formación?

Al hablar de formación hay un tema que, aun a riesgo de caer en la obviedad, considero importante tratar: qué deberíamos entender por formación. Juan Bautista Libânio, S.J., ofrece en su libro *El arte de formarse*<sup>12</sup>, una rica contribución que resulta muy oportuna para este tema y este artículo. Presento aquí un resumen para que queden claros los significados de los términos «formar», «educar», «pedagogía», «mayéutica». Añadiré a esta reflexión algunos puntos sobre «iniciación cristiana», «catecumenado» y «catequesis de inspiración catecumenal», cuestiones vitales hoy para la renovación de la pastoral y de la catequesis y, por supuesto, para un nuevo planteamiento de la formación de agentes de pastoral y de catequistas.

**Formar.** Este término presenta dos sentidos: uno se refiere a la «forma» en cuanto «configuración», formato; el otro, a «forma», molde o enmarque.

---

con 2.540 participantes. Produjo 16 documentos. Entre éstos son fundamentales: *Lumen Gentium* (La Iglesia), *Gaudium et Spes* (La Iglesia en el mundo de hoy), *Dei Verbum* (La palabra de Dios), *Sacrosanctum Concilium* (La Sagrada Liturgia).

<sup>10</sup> Cf. Benedicto XVI, *Discurso de apertura* de la V Conferencia, en Aparecida, 13 de mayo de 2007, cf. el ítem n. 4, al final de su reflexión sobre la misa dominical: «Só da Eucaristia brotará a civilização do amor, que transformará a América Latina e o Caribe para que, além a ser o continente da Esperanza seja também o continente do Amor».

<sup>11</sup> Éste fue el tema de la V Conferencia General del Episcopado de América Latina y del Caribe, celebrado en Aparecida, del 13 al 31 de mayo de 2007.

<sup>12</sup> Libânio, J. B., *A Arte de formar-se*, Sao Paulo, SP, Ed. Loyola, 2001.

Ambos dan a entender algo pre-fabricado para ser aplicado a la persona que va a ser educada, que ha de aceptar pasivamente lo que se le impone con fuerza y con autoridad. Históricamente el término «formación» está fuertemente unido a *educar a través de impulsos extrínsecos*, desde fuera a dentro, mediante la imposición de un molde previsto con anterioridad. Es lo que, comúnmente, se realiza en la educación escolar, que ha estado muy marcada –y aún lo está– por una educación «bancaria y de contenidos», es decir, por alguien externo, que conoce el contenido y lo transmite a otro que todavía lo ignora. He aquí un grave problema no sólo relativo al concepto de educación, sino también a su metodología.

En el caso de la Iglesia podemos decir que ha sido ésta la forma más común de «formar» a sus fieles, a sus sacerdotes, religiosos, a sus líderes: en teoría, la formación, para ella, debía realizarse a partir de una motivación interior de fe, es decir, de dentro para fuera, en un proceso de búsqueda y de participación que supone diálogo, *en el respeto a la persona, a sus derechos, deberes y dignidad*.

**Pedagogía.** Recordar, aunque sea brevemente, el origen del pedagogo en la cultura griega y luego el término pedagogía, puede arrojar luz sobre la importancia de los impulsos extrínsecos en la educación y en la formación que hoy debemos reforzar hoy. En aquel tiempo, el niño (*pais, paidos*), infante –por tanto, «sin habla», sin autonomía en la palabra y en las convicciones, en los movimientos y en las decisiones básicas de la vida– estaba bajo los cuidados de un guía, un conductor, alguien que llevaba, le conducía, le cuidaba («ago»). La contracción de *Paidós* en *Paid* y, después, en *Ped* es el resultado de una evolución lingüística. Más tarde, *Ago* cambia en *Agog*, al que se añade *ia*, terminación griega que valoriza el sustantivo. Surgió así el término *Pedagogía*, que significa «acción de guiar, conducir (*Agogia*) al niño (*Paidos, Paid, Ped*).

Pero existe un dato histórico de gran relieve y que es muy olvidado. El pedagogo era, en el siglo IV a. C., el esclavo o el ex-esclavo encargado de llevar al niño a la escuela (*Skolé*), que era entonces algo así como un lugar

de diversión donde se aprendía, a través del juego, un poco de todo. Lentamente se fue descubriendo una novedad en la relación esclavo-guía y el niño. El contacto físico, la conversación, la amistad, el apoyo y la ayuda, la atención y el cuidado del esclavo-guía (pedagogo) llegaron a influir profundamente en la construcción de la personalidad del niño. De este modo la relación niño-pedagogo estimulaba algunos elementos básicos en la construcción de la personalidad del niño, tales como las emociones o afectos, la confianza y la seguridad, el conocer, enriqueciendo así aquello que la familia y la escuela proporcionaban al niño, complementándolo y aun sustituyéndolo.

La Pedagogía llegó a ser una ciencia y construyó su trayectoria a lo largo de los siglos. Volver a sus orígenes reorientaría positivamente su función, al colocar en el centro las relaciones de calidad en el ser humano, permanentemente educable, comenzando por las relaciones entre padres e hijos, profesores y alumnos, evangelizadores y pueblo, presbíteros y comunidad eclesial. En verdad, se encuentra aquí un eje fundamental para el cambio de la Iglesia, que tanto habla de amor y comunidad: transformar radicalmente la forma de relacionarse los pastores con los fieles y de los fieles entre sí. No existiría pedagogía de la fe si no estuviera condicionada por la pedagogía del amor, por unas relaciones fraternas de calidad.

**Proceso educativo.** Avancemos un poco más en nuestra reflexión, añadiendo algunos datos que ayuden en la comprensión del cambio que debemos realizar en la formación de los fieles. El origen latino de las palabras ayuda, también aquí. «Proceso» viene de «procedere», lo que significa «caminar, avanzar, ir hacia delante» desde un punto de partida, de las mediaciones de que se dispone y de los objetivos que se desean alcanzar. Este proceso educativo, ligado al sentido de «ex-ducere», sucede en la aventura de descubrir, desvelar, revelar, propagarse y producir frutos, el caudal de riqueza que existe dentro de la persona y, también, de lo que ella puede captar en las circunstancias que la rodean diariamente, desde el exterior al interior, desde fuera a dentro. Poner en práctica, por tanto, la educación y la formación es asumir, equilibradamente, las dos vertientes

del proceso educativo y formativo: la primera es el hecho indiscutible de que cada uno es el sujeto primero e imprescindible de su propia educación, de su propia formación y que pone en sí mismo los elementos que le permiten caminar hacia la perfectibilidad humana. El segundo, que cada persona es permanentemente estimulada, desde dentro hacia fuera. Pero la mayor parte de las veces sucede de modo provocativo, y no siempre positivo, que ocasionan en la persona los conflictos más dispares. Es preciso entonces tener criterios de discernimiento y un elenco de mediaciones adecuadas para favorecer la educación en valores que ayude efectivamente a hacer real, en su máximo nivel, la vivencia de la dignidad de ser persona, hombre y mujer, personal y socialmente.

**Mayéutica.** La educación es una tarea muy compleja, pues implica muchas realidades que han de ser tratadas en su conjunto. Podemos decir que el ser humano está en un continuo parto de sí mismo, en un nacimiento hacia la felicidad. Por eso se usa en educación la comparación con el trabajo de la partera (en griego *maieía*, del que se deriva el término *mayéutica*), lo que significa que el proceso educativo es algo permanente, está realizándose siempre, de manera progresiva; y ello se va realizando en el interior de la historia y a través del camino, consciente o inconscientemente, de la transhistoria, hacia la utopía de la plenitud personal.

## **Formación cristiana e iniciación cristiana**

Desde hace unos años hay sectores de la Iglesia, especialmente en el ámbito de la catequesis y de la liturgia, que conceden gran importancia a la iniciación cristiana a partir del redescubrimiento y revalorización del proceso catecumenal de los siglos III a V, periodo considerado por los expertos como la época de oro de la catequesis<sup>13</sup>. El mismo Concilio

<sup>13</sup> Existen muchos estudios sobre este periodo del catecumenado. Laurentin, A., Dujaurier, M., *Il catecumenato-Fonti neotestamentarie e patristiche. La riforma del Vaticano II*, Ed. Dehoniane, 1995, Roma; Floristán, C., *Para comprender el Catecumenado*. Estella, España, Ed Verbo Divino, 1989; Lelo, A.F., *Iniciação*, Ed. Paulinas, 2004, Sao Paulo SP; idem «O estilo catecumenal na catequese por etapas», en *Revista de Catequese*, oct-dic

Vaticano II vuelve a retomar el catecumenado<sup>14</sup>. Pero este retorno adaptado del catecumenado se hace teniendo en cuenta la desafiante realidad del mundo contemporáneo y la urgente necesidad de renovación de la propia Iglesia. Ha sido de gran ayuda el manual litúrgico *Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos* (RICA), de 1972<sup>15</sup>, tan tardíamente descubierto en Brasil, y que continúa todavía siendo ignorado por la mayoría de los católicos.

Dentro del campo propio de la liturgia, la iniciación cristiana sucede a través de la mediación de los «Sacramentos de la Iniciación Cristiana» (Bautismo, Confirmación, Eucaristía). Se trata de una verdad fundamental de la Iglesia. Pero los catequetas consideran que esta iniciación de índole ontológica, a través de los sacramentos, en comunión con la Santísima Trinidad, con el Misterio Pascual y con la Iglesia, necesita un paso complementario. Se trata de la «iniciación procesual», realizada sobre todo por la catequesis.

El RICA es un instrumento específico para la iniciación cristiana de los adultos, de aquellos que en el pasado no accedieron a los sacramentos de la iniciación cristiana. Como ritual que es, su utilización se reduce a los momentos litúrgicos celebrativos, lo cual requiere, evidentemente, una fase anterior o paralela a la litúrgica: el «proceso catecumenal» *que está al servicio de la iniciación procesual*. A través de una serie de pasos este catecumenado ayuda y estimula al catecúmeno a dar su adhesión personal a la fe en Jesucristo y, por medio de él, a la Santísima Trinidad y a su Plan

---

2006, Ed. Salesiana, Sao Paulo, SP; García Ahumada, E., «Formación de Catequistas para la Iniciación Cristiana», en *Revista de Catequese*, oct-dic 2005, Ed. Salesiana, Sao Paulo, SP.

<sup>14</sup> Para los textos del Concilio sobre el Catecumenado, véase Irmão Nery, fsc, *Catequese com Adultos e Catecumenato: história e proposta*, São Paulo, SP, Ed. Paulus, 4.ª ed. 2008.

<sup>15</sup> Congregación para el Culto y los Sacramentos, *Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos*, .....La preparación y la realización de la Segunda Semana Brasileña de Catequesis, octubre de 2001, con el tema «Com Adultos, Catequese Adulta» despertó en Brasil el interés por este importante ritual.

de Salvación de los hombres y del mundo; y realiza también una opción por la Iglesia y por la construcción del Reino de Dios. Actualmente esta adhesión, fruto del proceso catecumenal iniciático, es indispensable para poder participar de manera consciente, activa y fructífera<sup>16</sup> de los referidos Sacramentos de la Iniciación Cristiana, que ratifican la conversión, el cambio de vida, la inserción en la vida cristiana y en la misión.

Existe, no obstante, una contradicción de grandes consecuencias en la Iglesia en relación con la eficacia de la iniciación cristiana. Se trata del «bautismo de niños», iniciado temprano en el cristianismo. No tanto el bautismo en sí, sino la falta de medidas consistentes para la iniciación cristiana, a través del proceso de inspiración catecumenal, de aquel que se ha bautizado. Y como antes del bautismo del niño ello no es posible en un bebé, ha de ser obligación de los padres, de los padrinos y de la comunidad eclesial realizarla en tiempo oportuno. Cosa, ciertamente, que no sucede. Actualmente sabemos que la persona, a través del desarrollo humano, debe tomar decisiones que cambian su vida, como por ejemplo ejercer la responsabilidad sobre sí mismo, sobre los otros y sobre el mundo; y, por tanto, también debería asumir por sí misma la fe. Sin embargo, está más que comprobado que limitarse y contentarse con la iniciación ontológica conferida por los sacramentos fue y es, sin duda, un importante impedimento para que el católico pueda llegar a una decisión seria en el seguimiento de Jesús. Es fundamental que una persona, bautizada de niño, que acude a recibir el sacramento de la Eucaristía –en torno a los 9-11 años– y posteriormente al recibir la confirmación, en torno a los 15 años, siga un itinerario catecumenal que le ayude realmente a convertirse al Señor, a comprometerse con la Iglesia y a involucrarse en la misión. Para lo cual será, sin duda, de gran ayuda un servicio orgánico y competente, aunque con las adaptaciones necesarias hoy, retomando aquella exigencia procesual de la época del catecumenado de los primeros cinco siglos de la Iglesia.

<sup>16</sup> Cf *Sacrosanctum Concilium*, n. 11: «Los pastores de almas deben vigilar para que en la acción litúrgica no sólo se observen las leyes relativas a la celebración válida y lícita, sino también para que los fieles participen en ella consciente, activa y fructuosamente».

Históricamente, a partir del siglo VI, la cristiandad, como sistema social en el que todos tenían que ser cristianos, obligó a la Iglesia a aceptar sin problemas el modo de inmersión del niño en un ambiente impregnado todo él de cristianismo como condición suficiente para el acceso a los sacramentos. Pero, también históricamente, esta situación fue desapareciendo poco a poco, desde hace tres siglos al menos, y cediendo el paso a una sociedad pluralista que se consolidó de la segunda mitad del siglo XX en adelante. Y en este tipo de sociedad se exige identidad personal y, por tanto, libertad de opción –también religiosa–, cosa que requiere otra forma muy diferente de iniciar a las personas en la fe cristiana. Tratándose de los católicos, obviamente no es posible permanecer en una sacramentalización o iniciación ontológica superficial.

Las desafiantes circunstancias actuales exigen una iniciación procesual más estructurada y más larga. Desgraciadamente la Iglesia Católica encontró, y encuentra aún hoy, en su modo de entender y vivir su tradición, gran dificultad para cambiar la comprensión de sí misma y de su misión dentro del contexto actual, tan sujeto a cambios, en permanente proceso de mutación, y, por lo mismo, ha tardado en convencerse de que necesita cambiar para ser significativa en el mundo de hoy y para poder así cumplir su misión.

Tanto el Directorio General para la Catequesis (DGC), como el DNC y el DA se refieren explícitamente a la necesidad de un nuevo planteamiento en catequesis, es decir, que la catequesis sea «de inspiración catecumenal»<sup>17</sup>, que valore realmente la catequesis como iniciación procesual de la fe, la esperanza y el amor. Si no existe esto, la Iglesia correrá el riesgo de repetir una serie rutinaria de cursillos rápidos, muchas veces a modo de remiendos o como un barniz que haga aparentar ciertos cambios en la

---

<sup>17</sup> Sobre iniciación cristiana, véanse además DGC, DNC 14f, 35, 37, 46, 49, 184, 192, 194g, 199, 237, 321f; AP 286-294. En esta línea, el episcopado español publicó dos importantes documentos sobre la formación de catequistas: *El catequista y su formación y proyecto marco de formación de catequistas*, Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, Edice, Madrid. La III Semana Latinoamericana de Catequesis, mayo de 2006, tomó este asunto como tema central.

preparación tradicional de los padrinos del bautismo, en la preparación para la primera eucaristía, para la confirmación, para el matrimonio, etc. Y continuará predominando una sacramentalización desconectada del proceso de formación para la vida cristiana, entendida como un todo, centrándose, por el contrario, exclusivamente en el acto de recibir el sacramento. Obviamente, en este estilo de sacramentalización, no tiene relieve ni la catequesis ni los sacramentos, para las consecuencias transformadoras en la vida de la persona y de su compromiso con los demás, en la sociedad y en la historia.

## **Formación de catequistas**

Dirijamos ahora nuestra atención hacia lo específico de la formación de catequística. En realidad, hablando de la catequesis, por lo menos en nuestros documentos, libros o artículos –aunque (sean) poco utilizados en la práctica– existen propuestas muy significativas que apuntan a un cambio del modelo tradicional de la catequesis y de la formación de catequistas. Sin embargo, recordemos en primer lugar el apoyo del Concilio Vaticano II a la formación de catequistas. El decreto *Ad Gentes* afirma expresamente: «Su formación (de los catequistas), por consiguiente, debe realizarse y acomodarse al progreso cultural de modo que puedan desarrollar lo mejor posible su cometido agravado con nuevas obligaciones».

Y al hablar de escuelas y de cursos para la formación de catequistas, el Concilio ofrece las siguientes orientaciones: «Multiplíquense, pues, las escuelas diocesanas y regionales en que los futuros catequistas estudien la doctrina católica, sobre todo en su aspecto bíblico y litúrgico, y el método catequético, con la práctica pastoral, y se formen en la moral cristiana, procurando practicar sin cesar la piedad y la santidad de vida. Hay que tener, además, reuniones o cursos en tiempos determinados, en que los catequistas se renueven en la ciencia y en las artes convenientes para su ministerio y se nutra y robustezca su vida espiritual. Además, hay que procurar a quienes se entregan por entero a esta obra una condición de

vida decente y la seguridad social por medio de una justa remuneración» (*Ad Gentes*, II, 17).

Después del Concilio uno de los documentos más ricos e importantes –la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* (EN), de Pablo VI en 1975, dice en los números 44 y 73: «Ante todo, es menester preparar buenos catequistas –catequistas parroquiales, instructores, padres– deseosos de perfeccionarse en este arte superior, indispensable y exigente» como es la catequesis (EN 44). Y el Papa alude a los grandes cambios acaecidos en la realidad, que provocan importantes desafíos a los fieles: «somos conscientes de que las condiciones del mundo actual hacen cada vez más urgente la enseñanza catequética, bajo la forma del catecumenado, para numerosos jóvenes y adultos que, tocados por la gracia, descubren poco a poco el rostro de Cristo y experimentan la necesidad de entregarse a él» (EN 73).

Pocos años después, el papa Juan Pablo II, en la exhortación apostólica *Catechesi Tradendae*, de 1979 –que recoge la reflexión del Sínodo de 1977 acerca de la catequesis– afirma al referirse a los catequistas: «En efecto, esos catequistas seculares deben recibir una formación esmerada... Esta formación nos invita a organizar centros e institutos idóneos... Es un campo en el que una colaboración diocesana, interdiocesana e incluso nacional se revela fecunda y fructuosa» (CT 71).

Y en el mismo año –en Puebla, México, 1979– la III Asamblea General del Episcopado de América Latina y el Caribe<sup>18</sup>, se fundamenta en la riqueza de EN y del sínodo sobre la catequesis para trazar sus orientaciones para el continente, de cara a los nuevos desafíos de la evangelización, sobre todo en relación con la familia, la juventud, los pobres y la cultura. Y Puebla (nn. 998 a 1011) tiene preciosos párrafos sobre la renovación de la catequesis. Destaquemos, entre las propuestas para los proyectos

<sup>18</sup> CELAM, *La Evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*,  
.....

de las diócesis, de las parroquias y de las familias y un refuerzo de manera más exigente a lo que se refiere a la formación inicial y permanente de los y de las catequistas, y también a lo que se refiere a la espiritualidad. Resulta evidente que es sumamente importante tener criterios claros, tanto para ser catequista como para escoger entre los candidatos y candidatas a quienes pueden asumir el ministerio de catequista<sup>24</sup>.

A la preocupación que ya existía, los pastores afirman que este cambio en el modo de situar la catequesis, como ministerio en la Iglesia, aumenta la necesidad de una adecuada formación de los y de las catequistas y, obviamente, la formación catequética en los seminarios, casas de formación de religiosos y facultades de Teología. En este sentido, los obispos de Brasil presentan, en el documento DNC, ocho objetivos para una necesaria renovación del proceso de formación de los catequistas: «a) favorecer el crecimiento y la realización de cada uno de los catequistas, acogiendo la propuesta de Dios y sintiéndose miembro de una comunidad; b) capacitar a los catequistas como comunicadores en el buen uso de los medios de comunicación (prensa, TV, internet, radio, etc.), a fin de que sepan transmitir el Evangelio con convicción y autenticidad para que la Palabra viva se convierta en luz y en fermento en medio de la sociedad actual» (DGC 237); c) preparar a los catequistas para desempeñar su tarea de iniciación, de educación y de enseñanza y para que sean auténticos mistagogos de la fe; d) ayudar en la búsqueda de una mayor madurez en la fe tomando conciencia de la importancia de una clara identidad cristiana; e) mostrar quién es Jesucristo: su vida y su ministerio, y presentar la fe cristiana como seguimiento de una persona (DGC 41); f) preparar animadores que trabajen en diferentes niveles: nacional, regional, diocesano y parroquial; g) desarrollar una educación de la fe que ayude a realizar una inculturación del mensaje y a comprender las aspiraciones humanas de los interlocutores de la catequesis; h) procurar las condiciones

---

vocação, de um chamado. Ele o exerce em nome de Deus, da Igreja, da Comunidade» (Lima, Luiz Alves, «Novos paradigmas para Catequese no Brasil», en *Revista de Catequese*, enero-marzo de 2007, 06-17, Ed. Salesiana, São Paulo, SP.

<sup>24</sup> Acerca de estos criterios, véanse DNC 245 y DGC 221.

necesarias para que el trabajo de los catequistas desarrolle una dimensión ecuménica y de diálogo interreligioso, en fidelidad plena a la doctrina de la Iglesia» (DNC 254).

Pero el catequista, durante su proceso de formación inicial y a lo largo de toda su vida necesita tener ante sí, dice el DNC n. 256, metas claras y la responsabilidad de capacitarse de forma mucho más amplia y, al mismo tiempo, profundizando en diversas áreas, para ejercer mejor su misión. Entre éstas destaco las siguientes: a) ser un verdadero discípulo misionero de Jesucristo; b) poseer capacidad para comunicar el Evangelio de Jesucristo de modo auténtico y convincente (cf. DGC 237b); c) asumir y alimentar una intensa espiritualidad (DGC 237a), poniendo el énfasis, sobre todo, en la identificación con Él, frecuentar asiduamente la Palabra de Dios y la Eucaristía, estar implicado con mucho celo en la misión a través del testimonio, de la solidaridad y de la lucha por la justicia; d) integrarse en la comunidad eclesial y asumir la conciencia y la convicción de que es en nombre de la Iglesia que él transmite el Evangelio; e) aprender a adaptar el mensaje a las culturas, a las edades y a las situaciones sociales, culturales y existenciales (cf. DGC 236); f) conocer los procesos educativos, pedagógicos y metodológicos específicos de la catequesis; g) actualizarse de continuo en la cultura general (psicología, sociología, uso de los medios audiovisuales...).

## **Organización del proceso formativo de los catequistas**

Una de las preocupaciones más importantes para quienes tienen a su cuidado la organización y el acompañamiento del proceso formativo de los catequistas ha de ser la de lograr que la formación se realice al *estilo de la iniciación catecumenal cristiana*. No como los tradicionales cursos o escuelas de formación de catequistas. Me refiero, sobre todo, al conocido estilo académico que ha tenido primacía en dichas escuelas en una especie de minicurso de teología. Generalmente, los «profesores» no van más allá

del contenido que hay que transmitir y según la metodología escolar. Ahora bien, la formación de catequistas requiere un lenguaje propio, una metodología específica y un ambiente original, que lo diferencian profundamente de cualquier otro tipo de formación que se ciña al método escolar.

Se necesita un esfuerzo personal y colectivo para poner en práctica, de modo creativo y adaptado a la especificidad de la formación de catequistas, los ya clásicos cuatro pilares del proceso educativo propuestos por la UNESCO y asumidos en parte por el DGC y por el DNC: *aprender a aprender, aprender a hacer, aprender a convivir, aprender a ser*<sup>25</sup>. El P. Libânio, después de hacer una creativa reflexión pedagógica, teológica y pastoral sobre estos pilares, añade para el cristiano uno nuevo: «*Aprender a hacer la voluntad del Padre*»<sup>26</sup>.

Es necesario recordar siempre y tener en cuenta que, más que un profesional en catequesis, el catequista es una persona que está en búsqueda de una formación con un objetivo original: el de querer entregar su vida al Señor y a su Iglesia, desde su fe y su compromiso personal con ella, desde su inserción en la Iglesia y en la misión; desde la vocación y misión específicas de su ser catequista. El conocimiento de la doctrina y de las demás ciencias que contribuyen a desempeñar mejor su misión son, sin duda, importantes, siempre que se realice en el interior de un estilo de formación específico, propio, a causa de la centralidad de la fe, de la esperanza, del amor, del sentido eclesial y a causa de la identidad misma del ministerio de la catequesis. Y también a partir de esa misma especificidad que ha de manifestarse en la acción del catequista. En este sentido, una adaptación de las etapas clásicas del catecumenado, en el propio proceso de formación del catequista, no atiende sólo a las exigencias de la formación del catequista, sino que lo sitúa y lo forma para el ejercicio de la catequesis, la cual se renovará con mayor

<sup>25</sup> UNESCO, *La educación encierra un tesoro*.

<sup>26</sup> Libânio, J. B., op. cit. São Paulo, SP, Ed. Loyola.

consistencia y se realizará según el modelo de la iniciación catecumenal cristiana.

Todos, tanto los que trabajan en el proceso formativo como los propios catequistas, tienen necesidad de tener como referencias imprescindibles los rasgos positivos del «perfil del catequista» que los obispos de Brasil expresan en el DNC, en los nn. 261 a 275, pero adaptándolos y enriqueciéndolos y, sobre todo, dándoles vida en la práctica diaria. Los resumo a continuación y me permito añadir alguno más:

**Aprender a ser.** El rostro humano del catequista: a) ser una persona que ama la vida y que se siente realizada plenamente; b) ser una persona de espiritualidad, con un deseo continuo de crecer en santidad; c) ser una persona que sabe leer la presencia de Dios en las actividades humanas; d) ser una persona integrada en su tiempo e identificada con su gente; e) ser una persona que intenta cultivar su formación continua; una persona de comunicación y capaz de comunión.

**«Aprender a aprender».** Conocer siempre: a) adquirir un conocimiento aceptable de la palabra de Dios; b) conocer los elementos básicos que configuran el núcleo de nuestra fe; c) familiarizarse con las ciencias humanas, especialmente las pedagógicas; d) conocer los documentos referenciales y orientadores: Catecismo de la Iglesia Católica, documentos catequéticos, manuales...; e) conocer la pluralidad cultural y religiosa que le capacite para descubrir en ella las semillas del Evangelio; f) conocer los cambios que suceden en nuestra sociedad y tener interés por los recientes descubrimientos científicos en distintos campos: genética, tecnología, informática, así como la inculturación de la fe en estos campos (es algo que constituye un desafío cada vez más exigente); g) conocer la realidad local, la historia, los acontecimientos y fiestas de la comunidad como terreno apto para una buena siembra del mensaje; h) conocer los fundamentos de la Teología pastoral para ser voz de una Iglesia que muestre un rostro misericordioso, profético, ministerial, comunitario, ecuménico, celebrativo y misionero. Es indispensable que el catequista sea celoso de

su formación permanente, pues en la actual sociedad del conocimiento es necesario estar actualizado.

**Aprender a saber:** la cuestión del método. El catequista ha de ser competente en su acción catequística y, para ello, tiene necesidad de esmerarse en la relación, la educación, la comunicación, la pedagogía, la metodología y la programación. La formación catequística tendrá en cuenta la pedagogía y la metodología propias de la transmisión de la fe. Tendrá en cuenta el proceso de la catequesis, el cual lleva a cada uno a crecer en la madurez de la fe. Para ello es necesario considerar estas dimensiones: relación (*acoger, saber abrirse, dinamizar la interacción entre las personas*), educación (*competencias, capacidades, madurez*), comunicación (*el arte de comunicar es imprescindible en catequesis*), pedagogía (*integrar las ciencias pedagógicas con la pedagogía divina, especialmente la pedagogía de la Encarnación*), metodología (*ver-iluminar-actuar-celebrar, especificidad de la fe, metodología participativa, creativa*) y programación (*objetivos, procesos y etapas, medios, acompañamiento, evaluación...*).

**Aprender a convivir.** El mandamiento nuevo: en el «saber convivir» se dan tres niveles que el catequista ha de cultivar y desarrollar: a) dinamizar el sentido de la comunidad en el grupo de catequistas, ya que la catequesis no se reduce a una clase escolar sino que es una comunidad de fe, de fraternidad, de misión; b) desarrollar y dinamizar la vivencia del Mandamiento Nuevo entre los catequizandos, pues ésta es una de las señas de identidad de los seguidores de Jesús: «En eso conocerán que sois discípulos míos, si os amáis unos a otros como yo os he amado» (Jn 13, 34-35).; c) ser partícipe de la comunidad eclesial.

**Aprender a hacer la voluntad del Padre.** Jesús vino hacer la voluntad del Padre (cf. Hb 10,7, 9, 36; 13, 21; Jn 4,34; 5,30; 6, 38-39; Mt 6,10; Lc 22,42). Y manifestó que hacer la voluntad del Padre es uno de los signos que evidencian que alguien está con Él, en una relación privilegiada. «Es mi hermano, mi hermana, mi madre... el que hace la voluntad del Padre» (Mc 3,35; cf Mt 12,50). Para Jesús no basta con decir «¡Señor, Señor!»; es

necesario también cumplir la voluntad del Padre (cf. Mt 7,21). De este «aprender a hacer la voluntad del Padre» son parte integrante e imprescindible algunas características de la misión, según el ejemplo y la enseñanza de Jesús: a) la opción preferencial por los pobres. En Mt 25, 31-46, Jesús revela el núcleo del Juicio final: el servicio en la persona del pobre es servicio al mismo Jesús; b) la construcción de un mundo justo y solidario en el que todos gocen de su dignidad, sean respetados sus derechos y puedan vivir con dignidad; c) el cumplimiento del mandato misionero: «Id, evangelizad...» (Mt 28, 20).

## **Cuatro características importantes de la formación de los catequistas en Brasil**<sup>27</sup>

De entre las varias características que configuran el rostro peculiar de la catequesis en Brasil destacamos estas cinco:

**El principio metodológico.** En el proceso de formación de los catequistas es necesario tener en cuenta que uno de los impulsores de la renovación de la catequesis es el «principio metodológico de la interacción entre fe y vida», propuesto por Pablo VI en EN 29, y asumido como central por la Iglesia de Brasil en el documento *Catequesis Renovada* (CR), nn. 112-114. Y CR describe el principio metodológico en estos términos: «En la catequesis se realiza una interacción (una relación mutua y eficaz) entre la experiencia actual y el dato de la tradición. Por una parte, la experiencia de la vida suscita interrogantes; por otra, la formulación de la fe es búsqueda y explicitación de las respuestas a dichas preguntas; por un lado, la fe ofrece una Palabra de Dios e invita a una comunión con él que supera los deseos humanos; por otro, la experiencia humana es estimulada e interpelada a abrirse a un horizonte más amplio» (CR, 113). Este principio

<sup>27</sup> La Conferencia de Obispos de Brasil (CNBB) calcula en más de 800.000 el número de catequistas en el país. Dispone de un Grupo Nacional de Reflexión de Directores de Escuelas de Catequesis y de Profesores de Catequética en los Seminarios (GRESCAT), además de GRECAT (Grupo Nacional de Reflexión Catequética). En la actualidad existen apenas tres cursos de posgrado en catequética, pero no cuenta con ningún curso superior de formación para catequistas.

vigoriza y enriquece el ya consagrado método de «ver, juzgar y actuar» (cf. CR, 115).

**Catequesis liberadora.** Ésta es otra de las conquistas más importantes en Brasil, consolidada en el documento CR, 20, es decir, la catequesis adopta el nuevo modo de ser y de asumir la realidad a partir de la fe y del amor que libera, de acuerdo con las enseñanzas de Medellín. Afirma CR, 10, que la Iglesia reorientó la catequesis para un compromiso liberador en las situaciones concretas. En este sentido, la catequesis lleva a los catequistas a caminar con los más pobres y oprimidos y a ser partícipe de sus angustias, luchas y esperanzas. Y según Medellín, el catequista «debe ser fiel para transmitir no sólo el mensaje bíblico en su contenido intelectual, sino también en su realidad vital, encarnada en las situaciones vitales del hombre de hoy. Las situaciones históricas y las aspiraciones auténticamente humanas forman parte indispensable del contenido de la catequesis. Y deben ser interpeladas con rigor, dentro de su propio contexto, a la luz de las experiencias vividas por el Pueblo de Israel, de Jesucristo y de la Comunidad eclesial, en la que vive y actúa continuamente el Espíritu de Cristo Resucitado» (Med, 8, ítems 5-6).

El DNC enriquece aún más esta reflexión cuando afirma que «la sensibilidad ante los sufrimientos y la participación en las luchas a favor de más vida, hacen al catequista madurar en su fe a partir de la escuela de la vida, pues son «la inserción en medio del pueblo y las experiencias cotidianas las que van formando al catequista» (FC 56). Y ellos encuentran, también, en muchas manifestaciones de la cultura y de las luchas del pueblo, riquezas para su formación como, por ejemplo, «las oportunidades que provienen de los medios de comunicación, del teatro, de la poesía, de la televisión, de la música, de la literatura. A partir de estos medios somos invitados a leer los signos de Dios, a encontrar lenguajes adecuados y métodos de comunicación. (DNC, 279).

**La profunda unidad entre catequesis y liturgia.** Al DNC le debemos los pasos significativos que se han dado, y se están dando, en esta sintonía,

unión y cooperación entre catequesis y liturgia, entre liturgia y catequesis. En la práctica eclesial la liturgia es, junto a la Tradición y a la Sagrada Escritura, «fuente inagotable de catequesis, no sólo a causa de la riqueza de su contenido, sino también por su naturaleza como síntesis y cumbre de la vida cristiana» (cf. SC, 10; CR 89). La liturgia es considerada un lugar privilegiado de educación de la fe. Al referirse a la relación entre catequesis y liturgia, el DNC, n. 19, se expresa del siguiente modo: «Existe una estrecha relación entre la fe, la celebración y la vida. El misterio de Cristo anunciado en la catequesis es el mismo que se celebra en la liturgia para ser vivido: la liturgia conduce a la fe a través de los sacramentos, y la celebración de la fe se integra en las situaciones de la vida»<sup>28</sup>. Y el n. 120 dice: «La catequesis como educación de la fe y la liturgia como celebración de la fe son dos funciones de la única misión evangelizadora de la Iglesia. La liturgia, con su riqueza de signos, palabras, ritos en sus diversos significados, reclama a la catequesis una gradual y constante iniciación para poder ser comprendida y vivenciada; y es tarea fundamental de la catequesis el iniciar eficazmente a los catecúmenos y catequizandos en los símbolos litúrgicos y, a través de ellos, introducirlos en el misterio pascual» (*catequesis mistagógica*).

**La Biblia, el libro por excelencia de la catequesis.** La Sagrada Escritura estuvo siempre presente en la catequesis de la Iglesia a lo largo de su historia, y ello de manera indirecta, es decir, a través de síntesis narrativas de la historia sagrada o de fragmentos relacionados con la Biblia. Sin embargo, la propuesta se hacía, sobre todo, como contenido que conocer (carácter noético, cognitivo). Pero la catequesis en Brasil, a partir de la novedad de la constitución dogmática *Dei Verbum*<sup>29</sup> del Concilio Vaticano II y especialmente del movimiento de la «Lectura Orante Popular de la Palabra», descubrió otro modo de beber de su fuente principal, en la que

<sup>28</sup> CNBB, *Animação da vida litúrgica no Brasil*, doc. Da CNBB 43, Ed. Paulinas, 1989, São Paulo, SP

<sup>29</sup> Concilio Vaticano II, *Dei Verbum*, Documentos del Concilio Vaticano II. Constituciones, Decretos, Declaraciones, BAC, 252, 1966.

se encuentra la Palabra de Dios transmitida íntegra y fielmente de generación en generación a través de la Sagrada Tradición de la Iglesia. Afirma CT, 27: «Hablar de la Tradición y de la Escritura como fuentes de la catequesis es subrayar que ésta ha de estar totalmente impregnada por el pensamiento, el espíritu y actitudes bíblicas y evangélicas a través de un contacto asiduo con los textos mismos; es también recordar que la catequesis será tanto más rica y eficaz cuanto más lea los textos con la inteligencia y el corazón de la Iglesia y cuanto más se inspire en la reflexión y en la vida dos veces milenaria de la Iglesia».

El DGC, 103, por su parte, dice que «la Buena Noticia del Reino de Dios, que anuncia la salvación, incluye un mensaje de liberación. Al anunciar ese Reino, Jesús se dirigía de modo particular a los pobres». Y el documento *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*<sup>30</sup> pone el énfasis en esta inculturación liberadora de la palabra cuando afirma que «Dios está presente en la historia de su pueblo para salvarlo. Es el Dios de los pobres que no tolera la opresión y la injusticia» (Cap I, E., 1). En este sentido es importante la lectura de los hermosos párrafos sobre la palabra de Dios, fuente de catequesis, en el DNC, nn. 106-114.

**Espiritualidad del catequista.** Uno de los aspectos que han adquirido un nuevo planteamiento a la hora de comprender y de realizar la catequesis es el de la especificidad que caracteriza (al catequista) y que le otorga el diferencial para su misión de transmitir (*traditio*) la fe. No se trata tanto del «depósito de la fe» que es transmitido, sino de tres condicionantes que le acompañan: a) el catequista ha de ser una persona de fe, que vive y que sabe comunicar la fe y que se pone a disposición de la acción de Dios; b) el catequizando no está pasivo, en términos de fe. Pues ya actúa en él el Señor dinamizándolo para la revelación divina y la comunión con Él, lo cual implica inteligencia, afectividad y conducta; c) el clima propio del proceso catequístico —clima que ha de ser creado y alimentado— es un

<sup>30</sup> Pontificia Comisión Bíblica, *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*,.....

clima de fe. Por lo tanto, más que un momento académico es un momento orante, de acogida, de escucha, de asimilación y de vivencia de la palabra de Dios. Un clima de fraternidad en el amor, que crea un espacio para la presencia de Dios en el grupo que se reúne en el nombre del Señor (cf. Mt 18, 20).